Ethan Fellere

Edición -Luz de Luna-No.1

Demian Colter
Cirisis
Definitiva

SINOPSIS -TOMO DE MUERTE-

Cuando el asesino más buscado de la U.D.P.E. es secuestrado y obligado a ser portador de un suero que creyó haber eliminado, las más diestras habilidades del «Cougar» son puestas a prueba, con el fin de hallar respuestas a preguntas que parecen no tener fin.

«Elizabeth Kleinth», una joven oficial de alto rango y asociada al caso de dicho asesino, es quien se ve obligada a ayudarle, junto con «Evans Bistler», el único hombre en quien Cougar confía. Por tal razón, y a medida que los secretos van aminorándose con cada día transcurrido, el Thrifas regresa para pender sus vidas de un hilo que solo podrán sostener, contestando una simple duda; ¿Qué tanto arriesgarías tu vida... por salvar a quien no deberías?

-PROLOGO-

-18 horas antes-

Sus ojos permanecían vendados; obstruyendo todo contacto con su alrededor. Sus labios estaban tan firmes que apenas el sonido de su respiración podía distinguirse entre las demás personas. Ambas muñecas estaban atadas con una especie de cinta que rasgaba parte de sus venas, y la silla de metal en la que le tenían sentado era fría como el acero de un revolver cargado.

El silencio de la sala se prolongó durante varios segundos, justo antes que un tercer puñetazo fuera incrustado en su abdomen, y él tuviese que resistir el golpe; apretando la mandíbula con aspereza.

—¿Seguirás haciéndote el callado?

Una voz gruesa le resopló en frente, esperando que él empezara a querer hablar. No obstante, su opresor había perdido la paciencia, desde el segundo en que volvió a remeter el puño contra su pómulo derecho; ocasionándole una ligera exhibición de sangre en el labio inferior.

—¡¿Te crees más hombre por no querer hablar?! —El eco de tal pregunta resonó en el salón—. ¿Este es el supuesto asesino del que tanto se habla? —Asimiló preguntar a sus compañeros—. Si no es más que un cobarde que no sabe defenderse por sí solo.

Las risas de los tres sujetos restantes dieron la certeza de que se trataba de cuatro personas las que abundaban sus cercanías. Por lo tanto, el joven alzó la cabeza hacia el líder, y esté atrajo una silla al creer que por fin estaría dispuesto a iniciar el interrogatorio.

- —Hasta que por fin quieres cooperar. —Se escuchó reír; agudo e independiente al resto—. Ahora quiero que prestes atención, o te volaré la maldita...
- —Escúchame tú —aclaró el joven, sonando calmado—. No soy de los que piden las cosas dos veces, así que te lo diré una vez. Les daré tres minutos para que me traigan al hombre que les contrató, o lo siguiente que vas a sentir, será el acero de esta silla quebrándose en tu cara, después de que mate a los otros tres.
- —¿Pero qué coño...? —La cólera irrumpió para aglomerarse en la oficina con rapidez— ¡¿Quién te has creído, imbécil?!

—El tiempo sigue corriendo.
—Dame un arma. —Pidió el sujeto; rebosado de ira—. ¿Piensas lo mismo ahora que tienes esto frente a ti? —Cargar el arma causó

la molestia del joven al sentirla apoyada contra su frente.

Sin embargo, al oír el chirriante sonido de una bocina colocada en el epicentro; todo acto de soberbia por parte de los hombres fue retenido.

- —Baja el arma —ordenó el superior; cuya voz se le escuchaba a unos centímetros del altavoz—. ¿Querías hablar conmigo?
 - —Pedí que estuviera presente.
 - —¿Y qué diferencia habría? —Le cuestionó.
- —¿Porque no viene y lo averigua? —Insinuó el joven, notando que no reconocía esa voz, por lo que terminó recibiendo otro golpe cercano a la mandíbula.
 - -: Cuida tu forma de hablar, imbécil!
- —Calma, soldado. —Pidió su jefe, entretanto la tensión tomaba su lugar en la minúscula sala.
- —¿Así que son militares? —articuló el joven—. ¿Haces que tus soldaditos hagan el trabajo sucio por ti?
- —De hecho, es más simple que eso. —Le confesó—. Les hago hallar a esos sujetos con los que nadie puede dar, y que les saquen la información que se necesita, antes de matarles.
 - —¿Y qué tipo de información crees que tengo?

El joven se reincorporó, escupiendo varias gotas de sangre a su lado, y apretando una de las patas que mantenía su silla erguida.

—Te creía más listo, muchacho. —Bromeó—. ¿O es que acaso has dejado morir a tu antiguo jefe en vano... luego de lo que te hizo hacer? ¿Sigues sin darte cuenta de que todos terminamos siendo el peón de alguien más?

La calma en el joven inició a deteriorarse.

- —¿Es por eso que estoy aquí? ¿Por qué eres de los implicados en el encubrimiento de esas pruebas? —especuló, teniendo razón.
- —Estas aquí, porque lo que sabes podría poner en riesgo la fase final de nuestra operación. No creas que no sé sobre las repentinas muertes de todos nuestros científicos... Una tras otra.

- —¿Llamas a la creación de un virus una operación? Usar gente inocente como conejillos de indias, ¿te parece algo humano?
- —La palabra "virus" esta demás en esta conversación —dijo el oficial—. Esta vacuna será la salvación para miles de personas.
 - —¿Y qué pasaría con el resto del mundo?

Algo afilado inició a deslizarse por su camisa blanca, dando con la yema de sus dedos.

- —El resto del mundo no tiene idea de nada. Por eso es la forma correcta de hacer las cosas —rectificó sin titubear, y demoró unos cinco segundos en volver a hablar—. Escucha muchacho, tus ganas de pretender hacer lo correcto me han motivado a serte franco, y es por eso que te diré por qué sigues con vida. Antes de recuperar la conciencia, colocaron un reloj en tu muñeca, imperceptible al tacto con la piel. Imagino sabrás a lo que me estoy refiriendo, por lo que ahora solo tienes dos opciones si no quieres morir.
- —¿No les bastó haber matado decenas de personas? —preguntó el joven, mientras se arriesgaba a guiar los dedos hacia su muñeca; notando que en realidad sí había algo incrustado en ella.
- —Enfermos terminales y drogadictos no dan buenos resultados. En cambio, personas que gozan de un mejor estado físico y mental, por el hecho de estar en plena juventud, se fueron volviendo una de nuestras mayores prioridades.

Los músculos en los pómulos del joven se apretaron con ira.

- —Espero estés preparado para soportar el hecho de que cuando salga de aquí te buscaré, y aun sea en el mismo infierno, te mataré.
- —No, Demian... —susurró el oficial, provocando que él sintiera la intrigante curiosidad de como sabia su nombre—. Si logras salir con vida, estarás a merced de lo que la Hemacrifilis le provocará a tu organismo, y me agradecerás el hecho de haberte utilizado como experimento. Al fin y al cabo, dime, ¿quién echaría de menos a un asesino?

La preguntó dio alusión al pensar de esa niña, y Demian frunció el ceño de mala gana; omitiendo estar aun en compañía de quienes le podrían matar cuando quisieran.

—Me hago la misma pregunta... con respecto a tu ausencia.

Al escucharle, una risa gélida comenzó a resonar por el altavoz.

- —¿Porque no vemos esto como un acertijo? —Le sugirió—. Es como el gato da caza al ratón. El único problema es que tú eres el gato... y no tienes la menor idea de donde hallar el ratón.
- —Te aseguro una cosa. Has cometido el primero de tres errores al quererme usar como prueba... y eso hará que mueras.
- —¿Eso crees? —cuestionó el oficial—. ¿Y qué opinas si te digo que diez días como máximo, es lo que te daré de ventaja para verte morir? Si la fecha se cumple, Demian, y aun no me has hallado, da por hecho que recuperaré los archivos que nos robaste, y morirás.

La fricción en manos de Demian corrompió su serenidad.

- —Diez me es suficiente para acabar con todo esto.
- —Escucharte me hace feliz —murmuró—. Solo espero que esta vez el destino juegue a tu favor... "Cougar".

Tales últimas palabras culminaron con su paciencia, de manera que al imaginar la interrogación a la que iba a ser sometido por el sujeto frente a él, flexionó un tanto ambas rodillas; imposibilitando que algún presente pudiera notarlo.

—¿Volvemos a donde nos quedamos?

El arma fue nuevamente apoyada en el espacio de sus cejas.

—Antes quiero que me contestes algo. —La voz de Demian dio señal de haber recobrado la calma, ya que estaba al tanto de lo que pasaría—. ¿Cuántas manos crees que tengo atadas?

La pregunta colapsó los sentidos de todos, y en ese instante, la luz de la bombilla inició a parpadear; estando manipulada.

Demian plantó su zapato en el pecho de quien tenía en frente, y al saber que los demás guardias actuarían, se levantó para embestir a uno de ellos, colisionándole la cabeza contra el muro. Levantó el codo con fuerza y rapidez para impactar al que quedaba justo a su lado, y le despojó del arma para disparar tres veces al restante en el tórax; traspasándole el chaleco antibalas tras la repetida frecuencia de las balas en el mismo orificio. Recolocó la pistola en el espacio trasero de su pantalón; a medida que evitó volver a usarla, y sujetó la silla en la que le tuvieron atado, con el propósito de quebrarla en la mandíbula del último, como lo aseguró.

El sujeto cayó al suelo encharcado en la sangre del cual llevaba las balas incrustadas en su cuerpo, y para finalizar, sacó el arma e impactó una bala en el pecho del individuo. Le miró con desprecio, y las luces recobraron la continuidad; por lo que dobló las mangas de su camisa para tener mayor libertad de mover los brazos.

Guardó el escurridizo cuchillo que escondía en su brazalete de cuero, y quiso recoger otra de las pistolas dejadas en el suelo, pero fue en ese instante cuando vio algo que le dejó confuso. Volteó con el propósito de revisar a los demás, y descubrió ese mismo tatuaje en sus antebrazos, como si formaban parte de alguna organización de la cual desconocía. Por ello, extrajo su teléfono e hizo un par de fotos del emblema, y justo al terminar, una llamada entrante llegó a allanar la pantalla.

- —¿Pudiste salir? —El tono en la voz de la otra persona parecía no ser tan distante a su edad.
 - —Estoy en eso.
- —Muy bien. —Unas teclas presionadas con rapidez se oyeron provenir desde la línea distante—. Antes de que me preguntes por donde, debes saber que estas en un cuarto piso, donde alguna vez hubo un departamento comercial. Sal de allí y toma el corredor a la derecha. Pasa y veras unas escaleras, pero no bajes porque viene compañía para ti. Abre la segunda puerta que estará a tu izquierda, y al atravesar una última, veras la salida de emergencia.
- —Entiendo. —Demian alejó el teléfono de su oreja para enviar algo a su compañero—. Necesito que encuentres el significado de esto por mí.

Colgó al terminar, y verificó las completas balas de su pistola. Salió del salón, y tomó el pasillo indicado; sujetando la pistola con precisión en caso de que la compañía llegara antes de lo acordado. No tardó en girar la manilla de la puerta a su izquierda, y al querer entrar en otra pequeña oficina intentó abrir la última puerta, de no haber estado atascada; decidiendo dejar de ser tan sutil.

Disparó hacia la cerradura una vez, y las pisadas de los guardias fueron materializándose en el estrecho pasillo; directas a su actual ubicación.

Ocultó el arma en su pantalón para poder asegurar las escaleras por las cuales escaparía; ya que estas relucían su desgaste, y no le quedó de otra más que entrar en uno de los corredores de la planta baja. Empezó a correr deseando no enfrentarse a sus perseguidores, y para suerte suya, la vibración en su bolsillo hizo que extrajera el móvil. Pudo leer el claro mensaje de su compañero.

-Tu auto está detrás del edifico. Date prisa-Recibido: 23:04 21/10/2016

Apagó la pantalla en cuanto observó el contenido, y quedó a no más de cinco pasos de descender al segundo piso, de no haber sido por las repetitivas balas que ocasionaron su ágil detención tras una columna.

- —¡Aquí esta! —gritó uno de los guardias, mientras las botas de los restantes se acercaban con sigilo.
- —¡Mejor entrégate, si no quieres morir en este sitio! —Aseguró otro miembro de la armada; dispuestos a actuar.

Demian imaginó lo que ocurriría si les enfrentaba, por lo que al darse cuenta que las luces en el lugar escaseaban una vasta visión, comenzó a elevar la velocidad rumbo hacia los viejos y desteñidos cristales de las ventanas.

Los militares visualizaron su sombra moverse con efusividad, y ninguno de ellos creyó que sería capaz de saltar, así que la balacera dio inicio. Un proyectil le logró atravesar el hombro. Al terminar la lluvia de balas se acercaron para buscar su silueta, pero Demian ya no se encontraba en el edificio.

Los pasos sobre los charcos de agua acumulada en ese callejón fueron sumisos, y luego de haber conseguido llegar herido hacia su auto, Demian se destrozó la manga izquierda. Las gotas de sangre habían manchado gran porción de la camisa, e intentó contraer la expansión al hacerse un nudo en el musculo.

Consiguiente a retener la gravedad de la herida, se acomodó en el asiento del conductor, y pisó el acelerador de forma secuencial. La llegada al hospital más cercano fue solo de unos cinco minutos, aunque para su cuerpo parecía haber sido de unas cinco horas.

El dolor no emancipaba en lo absoluto...

Puesto que algo desconocido estaba corriendo por sus venas, y tras acceder al complejo; intentando mantenerse estable pese a esos latentes rastros del ardor en la piel, y la molestia en su pierna por la caída; dos enfermeras le vieron llegar.

Los latidos en su pecho resistían el no querer detenerse, pues el suero había iniciado a hacer estragos en su organismo, y cuando se detuvo un momento para ver el reloj en la muñeca, los números de esté comenzaron a parpadear hasta detenerse. Un azul nunca antes visto por sus ojos los inundó; como si aquel liquido se tratara de lo único capaz de mantenerle con vida. Es por ello que hizo su mayor esfuerzo por arrancárselo de la piel; entendiendo que en realidad sí estaba incrustado en él.

—Hey, señor. —La enfermera de mayor edad le tomó del brazo a causa de verle tambalear—. ¡Traigan una camilla, rápido!

Demian le escuchó gritar, pero su voz se había vuelto distante, y las fuerzas de sus pupilas sucumbían al agotamiento físico de su cuerpo; de tal manera que tras querer ver a la persona que iba hacia él desde la profundidad del hospital y vestido de oficial...

Sus parpados se cerraron por si solos.

—"Volvemos a encontrarnos... Demian" —escuchó susurrar.

CAPÍTULO 1

-Sábado 22 de octubre de 2016-

Sus parpados se abrieron de golpe; revelando así el oscuro tono de sus castañas pupilas, y divisando la estrecha aposento de aquella sala de hospital. Las azulejas cortinas obstaculizaban la entrada de las recientes luces del atardecer, y el silencio del vacío abarcó cada pensamiento que su mente intentó formular.

Por ello, al querer levantarse, no logró evitar percibir el vendaje que cubría la porción media de su hombro derecho, y ver su camisa colgando de la manilla perteneciente a la puerta del baño. Abrió la palma izquierda frente a sus ojos, y rotó la muñeca para observar el reloj implantado en dicho brazo; estando dividido por tres pantallas esféricas, en las que se dictaban cifras numéricas con su respectivo por ciento.

Apretó el puño unas tres veces seguidas, y se percató de la gran cantidad de venas que recorrían la superficie de su brazo; dando la verídica afirmación de que en su cuerpo ya se había manifestado el efecto primario del suero conocido como "Hemacrifilis". De modo que al afincar los zapatos en el suelo, caminó hacia su camisa y la tomó antes de girar el picaporte para acceder al interior del baño.

Una vez dentro, se detuvo delante del espejo, y dio apertura a la llave de paso, con el fin de sentir la temperatura del agua correr en la textura de sus dedos. Los declinó al borde del lavabo después de haber remojarse el rostro, y tras elevar la vista directo a su reflejo, los rasgos faciales volvieron a detallársele por sí solos.

Pues la unión de sus curvilíneas cejas con el europeo perfil que portaba su nariz, hacía que esos profundos ojos realzaran el deleite que causaban; siendo el mayor atractivo que su piel canela mestiza podría ofrecer a cualquiera que le apreciase. Sin embargo, esas dos pequeñas cicatrices; una ubicada bajo la ceja izquierda, y la última cercana a su mentón, seguían estando allí; recordándole el pasado que debió padecer para poder mantenerse con vida.

De pronto, el zumbido provocado por el teléfono en su bolsillo hizo que secara sus manos con la tela de los vaqueros, y lo tomara para contestar a la única persona que le podría estar llamando.

- —Habla.
- —¿Has revisado tu móvil? —preguntó Evans—. Te he llamado como unas tres veces... así que imagino que estas al tanto de lo que he tenido que jaquear para encontrarte.
- —Estoy en el hospital —confirmó Demian, cerrando el grifo, y admirando las manchas de sangre que portaba su camisa en una de las mangas; dejándola sobre el lavabo.
- —Hospital central de Demsford. —El rodar de una silla resonó en la línea—. Tengo tu ubicación exacta desde hace unos minutos.
 - —No era eso lo que quería oír.

Una de las toallas fue alcanzada por su mano.

- —Tampoco yo —aclaró Evans—. ¿En serio quieres que crea lo de que unos tipos secuestraron al mejor asesino de la U.D.P.E?
 - —¿Anoche te pareció que estaba jugando?

La expresión de Demian fue imaginada por su amigo.

—No sabría cómo responderte eso —contestó—. Por lo regular, alguien siempre termina en el hospital cuando tú estás cerca.

El sarcasmo fue aislado de volver a presentarse.

—No estoy de humor para bromas. —Secó su rostro, entretanto sus pasos se aproximaban a las ventanas—. Dime que tienes sobre el tatuaje.

El brazo de Demian deslizó una de las cortinas, y el ocaso filtró la amplitud entre el cristal que se interponía a sus ojos; iluminando el anillo que colgaba de la cadena de plata en su cuello.

—Pues... —los dedos de Evans se escucharon teclear y remover unos papeles—, la verdad, no tenemos nada. —Aseguró—. No hay registros, no hay avistamientos en internet sobre algo similar... ¡No hay nada! Es como si ese maldito símbolo no existiera en la faz de nuestra tierra.

El silencio se prolongó durante unos instantes, hasta haber oído la voz de Demian; lenta y cautelosa.

—¿Recuerdas el quinto nombre de la lista?

Evans se tardó en responder, mientras el estruje de varias hojas volvió a intercalar.

—Es... Albert Dellawerth, ¿no?

- —Sí. —Asintió Demian; admirando los edificios aledaños a él, por estar situado en un tercer piso—. Antes de matarle, me miró a la cara y dijo que todavía no había llegado lo peor. —Se contuvo al memorizar aquella última frase—. "Que ellos no iban a detenerse… hasta haber matado al último de nosotros".
 - —¿Ellos quienes? —cuestionó Evans, sonando perturbado.
 - —Es lo que ella tendrá que respondernos.

La mirada de Demian fue tornándose tan tétrica como el filo de un puñal, antes de ser usado por segunda vez.

- —¿Te refieres a la última? —Dicha pregunta se percibió similar a ser más una señal de apoyo—. ¿Estás seguro que en ella están las respuestas que buscamos?
 - —Solo cuando la encuentre lo sabremos.
- —De acuerdo. —Evans asintió desde la otra línea—. Te enviaré su ubicación el resto del día, y Dem... —Una ligera pausa demoró la despedida—. Recuerda que si algo le pasa a esa chica, estaremos más muertos de lo que querríamos estar.

Los ojos de Demian fijaron la atención en el brillo de ese anillo, causando que sintiera lo que esas palabras significarían.

—Lo sé —dijo, precedente a colgar.

Ingresó el móvil en el bolsillo al deslizar la cortina a su lugar, y sintió el vibrar que ese nuevo mensaje de texto había ocasionado.

Por tanto, se acercó a la puerta que otorgaba acceso al corredor, y fue en aquel momento, cuando la enfermera que se encargó de su cuidado, se detuvo ante él; impresionada de verle estar despierto.

—¡Oh, Dios mío! —proclamó— Usted... ¿cómo puede estar en pie, luego de que el doctor le diagnosticara de gravedad?

Demian observó a la señora, llegando a la conclusión mental de que su edad rondaría los cincuenta; a diferencia de la distante chica que miraba sin disimuló el apego de su franelilla oscura.

—Escuche. —No quiso perder tiempo—. Sin importar quien le diga que es, si alguien viene y pregunta por mí... dígale que morí.

La expresión en la enfermera le hizo saber que por haber usado tal presión psicología, está diría exactamente las mismas palabras o asemejaría la respuesta a ofrecer.

Demian salió del recinto hospitalario sin demora alguna, y halló su auto aparcado en una de las esquinas perteneciente al complejo. Lo abordó aun sabiendo que las personas a su alrededor admiraban la tonificación muscular que su cuerpo exhibía; junto con la sangre dejada en el vendaje de su brazo.

Abordó el asiento delantero del Acura Nsx, y sacó el móvil con el propósito de sincronizarlo a la pantalla táctil del coche. Amplió las indicaciones enviadas por Evans, y supo que solo tendría veinte minutos para llegar al sitio especificado, por lo que soltó el potente bramar del motor.

Al transitar las pobladas avenidas de Demsford, sabía que llegar a un establecimiento de comida en su actual estado seria llamativo, de manera que arrancó el vendaje de su hombro, y quedó sin voz al notar que la supuesta herida de bala... había desaparecido.

Rozó la textura de su piel para confirmar que los sentidos no le jugaban una broma mental, y rotó dichos músculos con lentitud, e inició a sentir ese ligero palpitar del reloj en su muñeca. Al parecer lo poco que sabía sobre el suero no eran especulaciones, sino parte de la verdad que millones de personas desconocían.

En realidad si existía una cura potencial para curar los males del exterior e interior de un ser humano, y su cuerpo estaba siendo uno de los experimentados en desarrollar tal mejora, o eso suponían los difuntos creadores. No obstante, la llegada a la cafetería nombrada como "Sol de medianoche" fue rápida, y el avistamiento de varias patrullas de policías en la zona se materializó por los oficiales que degustaban sus platillos en el interior.

Demian estacionó el Acura a una calle de distancia, y empezó a ir detallando los rostros de todos los clientes, hasta que dio con los rasgos de aquella joven caucásica; concordando con la descripción detallada en el mensaje.

Rostro de simetría italiana, ojos grandes y de tonalidad oscura e incierta. Pelo negro; similar al de los primeros nativos indígenas de la población, y de cuerpo tonificado al límite, puesto que formaba parte del cuerpo elite de la policía, a pesar de solo poseer veintiséis años de edad, y estar designada como "Teniente coronel".

Cuando a él no le quedaron dudas de que se trataba de ella, por ser la única mujer entre los otros dos agentes sentados; uno delante y otro a su lado; desalojó el auto y se adentró en una de las tiendas situadas a solo metros de la ubicación. Caminó hacia el mostrador, y se dio cuenta de que la señora encargada de la tienda le veía con absoluta fijación. La jovencita situada a su lado le veía igual; quien pudo haber deducido seria su hija; gracias al notable parecido.

- —¿Puedo ayudarte en algo? —La mujer de mayor edad que él, alzó las cejas y señaló los artículos de la vitrina bajo sus codos.
 - —¿Tiene un lápiz y un pedazo de papel que pueda usar?

La chica de pelo pardo actuó luego del chasquido que su madre dio enfrente de su rostro; haciendo que regresara del trance en que los tonificados músculos de Demian retenían su atención.

—Perdone a mi hija, es solo que... —el pestañeo de la señora se visualizó más que excesivo—, no todos los días nos visitan clientes en tan buena condición física... Si sabe a qué me refiero.

Demian fingió corresponder al coqueteo, a medida que elevaba la vista a una de las cámaras instalabas sobre sus cabezas. Ojeó ese pequeño espejo sostenido por una especie de muñeco en porcelana, y fue el tintineo de la puerta siendo abierta, el que provocó que sus ojos apreciaran al sujeto encapuchado que había ingresado con las dos manos en el abrigo.

- —Aquí tiene, señor —dijo la joven al volver.
- —Oh, cariño, no seas irrespetuosa —protestó su madre—. Esté chico podría tener solo unos años más que tú, ¿no es así?

La mirada de dicha mujer manifestó una evidente seducción.

- —¿Eres militar? —cuestionó la chica, sin permitir que Demian les contestara la primera insinuación.
 - —Lo fui —respondió, apoyando la punta del lápiz en el papel.
 - —Ósea qué lo dejaste por una mujer... ¿verdad?

Él devolvió el lápiz al terminar de escribir, y esa interrogante se impregnó en su subconsciente; aun no queriendo tener que volver a recordar a...

- —¡Susanne! —El codo de su madre le rozó la blusilla purpura.
- —¡Qué! —reclamó—. Todo siempre es por una mujer, ¿no?

Demian destinó el mirar a los ojos cafés de la interesada joven. Dobló el papel en proporciones parejas, y distinguió los pasos que el encapuchado continuaba ejerciendo hacia ellos.

—Toda gran decisión de un hombre, siempre es por una mujer.

Ambas quedaron cautivadas por el modo en que aquella frase se encargó de deleitarles; no contando con la aparición del sujeto que portaba una caja de afeitadores en la mano derecha.

—Valla que tu novia tiene suerte. —El rostro de la chica exhaló el anhelo de su lujurioso pensar, entretanto tomaba el artículo para registrarlo en la caja.

Demian pretendió sonreír al cumplido, y erguió la postura.

La dueña del local le miró, y no entendió el motivo de su acto. Por ende, al ver que el encapuchado había ingresado la mano hacia el dorso de su chaqueta, se inquietó al oír la siguiente pregunta que Demian expuso a oídos de todos.

—Perdone, ¿tienen hielo?

El humor se le presentó en la cara de la jovencita; esa inocencia de lo que iba a ocurrir fue notable.

—¿Hielo? —Le sonrió—. ¿Y cómo para que quieres...?

Demian no concedió el término de esa duda, y sostuvo el brazo del sujeto; el cual ocasionó que un disparo saliera de la pistola que llevaba en la palma. La bala agrietó unos seis envases de refrescos al atravesar uno de los estantes del pasillo, y lo siguiente a resonar fue el destroce del cristal del mostrador; cuando apretó la capucha e impactó su rostro contra esté.

Tomó el arma para introducirla en su cintura, y supo que luego de ese disparo, las personas cercanas al incidente no tardarían en ir apareciendo, y eso incluía a su objetivo principal. Por dicha razón, se encaminó a la salida, y al ver que los agentes se aproximaban al hecho, destinó el andar hacia los transeúntes que aminoraban cada segundo más su llegada; teniendo la oportunidad para que la chica que buscaba estuviese a su alcance.

Ella no pasó desapercibida la forma en la que él profundizó sus ojos en los suyos, y percibió el adentramiento de algo en el bolsillo trasero de su pantalón, incluso antes de poder reaccionar.

Volteó con rapidez para intentar dar con Demian, pero él había desaparecido en el repentino maremoto de espectadores; causando que ella se dignara a seguir buscando su distante silueta, al mismo tiempo en el que sacaba la nota dejada en su vaquero.

-Incendio en el orfanato federal, 26 de julio de 2001-

Al concluir de leerla, la incertidumbre nubló tanto sus sentidos, que tardó varios segundos en atender al llamado de su compañero; posicionado sobre la acera.

- —¡Eh, Jefa! —Elizabeth reaccionó, ampliando el iris de sus dos llanos ojos—. Díaz dice que ya tiene al asaltante. ¿No entrará para calmar a las víctimas?
 - —Sí —respondió, devolviendo el papel a su lugar de origen.

Ingresó a la tienda notando la inmensurable cantidad de vidrios, soda y envases plásticos desplegados en el suelo, mientras sus dos compañeros se hacían cargo de llevar fuera al asaltante; empujando y apretujando sus endebles brazos.

Se detuvo a solo centímetros del distorsionado mostrador, y tras observar a la dueña del local sostener a su hija en brazos; aturdida por culpa de lo acontecido, estás prestaron atención a Elizabeth.

—¿Se encuentran bien?

Les vio asentir de manera automática, como si sus gestos tenían que encubrir el nerviosismo.

- —Estamos bien... —Susanne titubeó al hablar—. Gracias a que él nos salvó de haber... —Tragó en seco.
- —¿Había alguien más con ustedes? —En Elizabeth se despertó la curiosidad de saber si existía una semejanza entre el sujeto visto en las afueras, y el referido por la joven.
- —Un... —La voz de la dueña se redujo a ser un susurró—. Dijo que era un ex-militar —confesó—. Llegó antes que el sujeto con el arma, y todo fue tan rápido, que nosotras...

La tensión allanó la plática.

—Tranquila. —Los ojos de Elizabeth se enfocaron en el quieto grupo de personas en las calles, imaginando que ese hombre podría llegar a ser el que todo mundo buscaba con desesperación, y que a ella le había tocado encontrar... por causas inesperadas del destino.

- —¿Usted le conocía? —cuestionó Susanne, al ver que su rostro difirió de ser aquel con el que se presentó.
- —Por desgracia, no —contestó—. ¿Creen que pueda quedarme con una copia de la grabación? —Apuntó la cámara por encima de sus cabezas—. Me serviría de mucho poder encontrarlo, y darle las gracias por lo que ha hecho.
- —Seguro. —Asintió la dueña, obsequiando la memoria externa de la cámara—. Llévesela... y si lo encuentra, dígale por favor que nunca olvidaremos lo que hizo por nosotras.
- —De acuerdo. —Una reconfortante sonrisa fue apreciada en los pómulos de Elizabeth, antes de salir y encontrarse con el agente de mayor rango por debajo del suyo; Richard Díaz.
- —Parece ser que el asaltante ya había robado otras tiendas de la localidad, y estaba denunciado por algunos de los dueños —dijo al adentrar las palmas en sus respectivos bolsillos—. ¿Querrás venir a la jefatura con nosotros?
- —Hoy no. —La mirada de Elizabeth se veía perdida—. Hay un asunto que debo resolver en la central, así que iré allí. —Extrajo la llave del vehículo—. Ustedes encárguense.
- —Como quieras, Kleinth. —Díaz gestionó la mano para dejarle marchar, y dar vuelta al coche de su compañero.

Ella les dejó para regresar a los aparcamientos de la cafetería, y subir en el confort de su auto; un Chevrolet Camaro SS de primera generación, tintado de un azul negruzco e imperceptible a las horas nocturnas que se iban colando en el noctívago estado de Demsford.

Fijo curso hacia el departamento central de la policía; instalado en el epicentro del condado, y se retrasó solo unos treinta minutos en recorrer esas lúgubres avenidas. Su pensar se mantenía en una constante ruleta rusa del no saber con qué fin "Cougar" había dado tal acto de aparición en público.

Al haber entrado en los estacionamientos de las demás patrullas a su alrededor, desabordó el Camaro para no dar más rienda suelta al tiempo que supuso estaría en su contra. Divisó la extraña forma de las nubes en ese atardecer, y un leve hormigueo le estremeció.

Capítulo 2

-Sábado 22 de octubre de 2016- (7:07 Pm)

Abrió una de las dos grandes puertas que cedían accesibilidad a ese amplio salón principal; abastecido con diversos asientos en sus lados laterales, y otorgándole una libre circulación.

Se encaminó al pasillo izquierdo tras saludar a la señora mayor ubicada en el departamento de registro, y una vez creyó poder estar en ausencia de distracción alguna, vio a su jefe estar saliendo de su actual oficina. Llevaba el móvil sometido a la oreja.

Elizabeth se dio cuenta del gesto que Laurence Marklees hizo al necesitar hablar con ella, y no le quedó de otra más que acercarse a esté, viéndole lucir su rutinaria gabardina marrón; sin ocultar todos esos bellos mal afeitados en su caucásico e iracundo rostro.

- —¡Te digo que saldré mañana a primera hora! —Incrementó el tono de su voz por lo muy molesto que se veía—. Aquí tengo cosas de las que ninguno de ustedes solucionara... ¡Así que dile a Marcus que se las arreglé solo, por una maldita noche!
- —¿Pasa algo? —preguntó Elizabeth, lanzando los flequillos de su pelo a las porciones traseras de sus orejas; por causa de llevar el cabello recogido en un flexible nudo de caballo.

Laurence colgó y frotó sus ojos con las yemas de los dedos; no permitiendo que el brillo de su anillo matrimonial resplandeciera.

- —Parece que en Perklinth hubo una desgracia anoche —aclaró, desvelando el tono grisáceo de sus pupilas, y esos mechones de un blanco canuco; entrelazado con su pelo—. Encontraron un cadáver y tienen a una chica en el hospital. Hacía años que no sucedía algo así en ese pueblo... Quieren que me presente con los forenses.
 - —¿Y les dijiste que iras?
- —Tengo que hacerlo. —Se encogió de hombros—. Además, así te dejaré a cargo de la investigación de ese supuesto asesino. Algo me dice que esta vez sí daremos con él.
 - —Laurence, eso no me corresponde a mí —protestó ella.
- —Lo sé, pero adivina que... —Entumeció los labios; siendo una de las personas más expresivas que ella conocía—. Por el hecho de ser tu superior, no me queda de otra más que usarte para esto.

- —¿Quieres que me ocupe de un cargo que involucra a todas las defensas federales de un país?
- —No... —respondió mediante señas con las manos—. Lo que te estoy pidiendo, es que busques al asesino llamado Cougar, y si esta en tus posibilidades, lo arrestes, y si no... lo mates. ¿Estamos?

Elizabeth no tuvo oportunidad de contestar, ya que Laurence se había marchado en dirección a la salida principal, y la tensión de lo que recayó sobre sus hombros, le hizo entender que estaba sumida a cuerpo completo en la abismal búsqueda de ese asesino.

De modo que, luego de residir en la soledad de su oficina, sacó la memoria extraíble guardada en el blazer negro; precedente a ser colgado del espaldar perteneciente a su sillón reclinable. Encendió la pantalla táctil de su ordenador, y buscó el hecho mencionado en la nota, pudiendo hallar todo lo concerniente a la trágica desgracia.

-Un devastador incendio, terminó quitando la vida de treinta y siete personas... En su gran mayoría niños... Y por más de nueve horas... Llamas calcinaron las edificaciones del centro, donde...

Las oraciones no fluyeron con naturalidad en su subconsciente, puesto que el pesar de aquellas imágenes, rebosó sus parpados con una que otra lagrima de irritación e impotencia. Estaba siendo más confuso que nunca para ella, suponer cual era el verdadero objetivo a lograr por aquel sujeto, pero sabía que debía continuar leyendo si quería aclararlo todo... o al menos eso esperaba.

-Tres fueron los únicos... Entre ellos un niño que arriesgó su vida por... Las cámaras grabaron el acto heroico... Costándole la vida unos meses después... Identificado como... "Demian Colter".

Elizabeth se levantó de su asiento al no aguantar ese inquietante nudo en la garganta, llegando a la mera conclusión, de que debería ser una especie de broma que se le estaba jugando, pues no era esa la primera vez que su mente articulaba dicho nombre. Por tanto, se apresuró en conectar el dispositivo de grabación en una esquina de la pantalla, y la retiró de la mesa para tener mayor visibilidad.

Abrió la carpeta correspondiente a la grabación de ese día, y no tardó en reproducir el video; observando al joven ubicado frente al mostrador, actuando como si sus movimientos fuesen autónomos.

En ese preciso instante, y al haber olvidado cerrar la puerta, un par de siluetas se trasladaron de un lado a otro con gran rapidez, lo que le dio a entender que algo estaba sucediendo. Dejó la pantalla sobre el escritorio, y cerró el picaporte al salir. Descartó ponerse el blazer, por lo que la única prenda visible para todos era la franelilla blanca que cubría su sostén del mismo color, introducida en los vaqueros de mezclilla; ajustados a sus piernas.

- —¿Phariss, que ocurre? —Detuvo de momento a un agente que solo tenía un par de semanas ingresado al cuerpo policial; quien no calmó el ímpetu en proseguir para responder.
- —¡Dicen que atraparon al asesino que todo mundo busca! —Su acento español se desveló por sí solo.

Elizabeth siguió sus apresurados pasos hacia el pasillo donde se tenía la sala de interrogatorios, y al doblar para alcanzarle, halló la vista de otros tres agentes que yacían en el corredor; dirigiendo la atención a la presencia femenina de su actual jefa.

Se acercó a ellos con el fin de comprobar si lo especulado podía ser cierto, y fue el de mayor robustez física, el que giró el picaporte de la puerta para que ella accediera a la sala oculta tras un amplio cristal unilateral. Allí, se aproximó al oficial designado para editar y archivar los interrogatorios que hacían a los criminales, y se situó frente al complejo espejo que desestabilizó sus sentidos, cuando el rostro de Demian retorció aún más el nudo en su garganta.

- —Teniente. —Ejerció el saludo oficial—. Esté sujeto quiso que lo arrestaran en el estacionamiento, al afirmar ser el asesino por el que se tiene una orden de captura a nivel nacional.
- —¿Quién lo arresto? —susurró Elizabeth; luciendo subjetiva al perfil sereno y de completa calma que Demian mostraba.
 - —Uno de los dos agentes que ahora tratan de interrogarlo.
 - —¿Tratan?
- —Sí —contestó el sargento de visibles rasgos cubanos, rotando la silla a los controles manuales del audio—. Al parecer es de esos que les cuesta...
- —¿Por cuánto tiempo más debo esperar? —La repentina voz de Demian cautivó a quienes pudieron escucharle.

—¿De qué coño hablas, imbécil?

Las palmas del agente que se encargó de arrestarlo, retumbaron en la estática mesa de metal frente a Demian; quien poseía ambas manos esposadas en la espalda. Seguía llevando la misma franelilla con que la Elizabeth pudo identificarle en primera instancia, y fue inevitable no admirar el grado de definición de sus músculos.

—¿Quieres decirnos porque decidiste que te arrestaran?

El hombre vestido con ropa formal; chaqueta negra, pantalones del mismo tono, y zapatos acabados en una fina cubierta plateada, arrimó al extremo del escritorio; cruzándose de brazos. Era algo de esperarse que fuese el detective apoderado de sacar las respuestas a quienes creía ocultaban la verdad, no consiguiendo evitar disimular el cansancio de las ojeras que tantas madrugadas le ocasionaron.

- —¡Porque esta drogado, Matías! —aclaró el adyacente—. ¿Me vas a decir que alguien en su sano juicio, iría a una maldita central de policías e insistiría en que es el famoso Cougar? —La supuesta risa burlona del oficial resonó en el estrecho salón.
- —¿Y bien? —La piel morena de Matías hizo que su postura se volviese más amenazante a la de cualquiera en su lugar—. ¿Le vas a dar la razón a los que creen que solo eres un lunático, o me dirás el motivo del porque sigo perdiendo mi tiempo contigo?

Demian posicionó la mirada hacia el cristal, como si tuviese la posibilidad de ver atreves de esté. Inclinó la cabeza por un instante que permitió distinguir los simétricos bordes de su pelo corto, y su habla recobró el poderío que se sintió en cada oyente.

- —Vine en busca de alguien, y entregándome era la única forma de que me llevaran a esa persona sin que hubiesen más heridos.
- —¿Dices más...? —El humor del oficial no fue retenido—. ¿Es que acaso no sabes dónde estás? —Frunció el ceño y sacó su arma de reglamento—. ¡Estas esposado en una puta silla, sentado en una maldita sala de interrogatorios! ¿Te parece que podrías herirnos?

Matías guió el dedo índice a sus herméticos labios, antes de que surgieran las dudas que desencadenarían el verdadero dilema.

—¿Y a quien te piensas llevar? —Le miró con suspicacia, no en espera de que la persona a nombrar, fuese la más inesperada.

—A Elizabeth Kleinth —murmuró.

Ella percibió el rubor escalando cada bello de su piel, y escuchó la continuación de la ahora distinta plática; siendo retomada por el oficial que recargaba su arma, y se colocaba en la esquina contraria a la posición de Demian.

—Entonces a ella, ¿no? —Pretendió sonreír—. ¿Y no nos dirás de qué manera piensas hacerlo, estando en la mirilla de mi arma?

Matías estudió los estáticos gestos de Demian, percatándose del sanguinario brillo en sus ojos; al igual que Elizabeth, desde lo que supuso seria su único medio seguro...

Hasta que las pantallas en los monitores comenzaron a fallar.

- —Con una pregunta —argumentó Demian; atrayendo a él todas las atenciones momentáneas.
 - —¿Y cuál sería? —Matías se interesó en tratar de predecirlo.
- —¡¿Pero qué coño?! —El chico junto a Elizabeth intentó que el control de las luces en los pasillos retomara su funcionamiento, de no haber sido porque Elizabeth sospechó lo ocurriría, y le insistiera que les permitiera salir.
 - —¡Mierda! —exclamó—. ¡Tienes que dejarles...!
- —¿Cuántas manos creen que tengo esposadas? —Esa pregunta se volvió el detonante para que todas las bombillas del complejo se sobrecargaran, y empezaran a estallar una por una.

Cada rincón de la central quedó a oscuras; originando la tensión y las quejas de quienes no sabían lo que estaba ocurriendo.

—¡Jefa, nos han jaqueado! —admitió el joven oficial.

Elizabeth no quiso creerlo.

—¡¿Y cómo ha sido posible, si él está sentado en esa...?!

De pronto, las únicas luces en recobrarse fueron las del estrecho salón donde se mantenía la originaria tensión; cuyo auge colapsó el sistema nervioso de los presentes, al observar como las dos manos de Cougar yacían sobre la mesa; sosteniendo las esposas.

Elizabeth quedó estática al presenciarlo, y por segunda ocasión, las luces volvieron a pagarse. Un silencio incandescente allanó sus oídos; no permaneciendo lo suficiente como para que el eco de tres disparos proclamara la gravedad del asunto.

Ella y los demás imaginaron que las balas habían podido dar en el blanco, pero fue en la siguiente reintegración de energía, que las pupilas de Elizabeth notaron el brillo de las esposas en las muñecas de Matías, y a Demian estar elevando su butaca; segundos antes de impactarla en la cara del agente que creyó haberlo matado.

El oficial cayó al suelo luego del golpe, y Demian se adelantó a apretujar el brazo de Matías, el cual quiso tomar la pistola caída de su ahora inconsciente compañero. Sin embargo, la fuerza empleada por Demian al estrujar su chaqueta para estrellarle contra el cristal, produjo que Elizabeth arrebatara el arma portada por el chico, y la cargara al instante.

—Sal, y hazte cargo de que todos salgan. —Implantó su mirada sin miedo de lo que le fuese a pasar; viéndole asentir con temor.

Le vio salir de la sala guiándose por la pantalla de su móvil, y al saber que los únicos restantes serian Demian y ella, inhaló el valor que necesitó para salir al desolado corredor.

Inició a caminar con cuidado de que sus pasos fueran a resonar, y no previó que la puerta situada a centímetros de su cuerpo fuera a ser abierta; dándole la certeza de que quizás sería el momento para actuar. Por ende, giró la cintura y apuntó la pistola a la primera de dos siluetas que encontró, dándose cuenta de que ninguna era él.

Demian, en cambio, adelantó su zapato al borde de los suyos, y cubrió su boca con la palma izquierda, mientras tomaba las manos de Elizabeth; produciendo que un disparo se escapara en dirección al techo. Ella intentó retroceder, pero él termino sometiéndola a la pared y elevándole la espalda, pese a la diferencia de tamaño.

Sus pupilas se hallaron en medio de lo que pudo concluir como el fin para ambos, y solo al saber que esos inquietantes ojos negros insinuaron ceder a la calma, Demian ejecutó el sublime despoje de la pistola, y la aplicación de las esposas en sus endebles muñecas.

- —Dime porque estás haciendo esto. —Ella protestó, entretanto él extraía su móvil y parecía verificar la llegada de un mensaje; sin descuidar de estar sosteniendo las cadenas de las esposas.
- —No eres tú la que necesita respuestas —dijo, continuando con la lectura del correo; momentos anteriores a contemplar su rostro.

—¿De qué estás hablando?

Las expresiones de Elizabeth manifestaron su confusión.

—De que tenemos que salir de aquí.

El posesivo mirar de Demian infundió ira en sus emociones.

—¡¿Y en serio creíste poder secuestrarme sin que alguno de los agentes federales que tienen orden para matarte, no lo haría antes?! ¿Te olvidas que estas en una central de la policía? —argumentó, al forcejear en vano.

Él restableció su cuerpo en el muro, y agitó su entendimiento al introducir los dedos en el bolsillo izquierdo de su vaquero, sacando la llave del Camaro.

- -No estoy secuestrando a nadie.
- --¡¿Entonces qué coño quieres de mí?!

Elizabeth frunció el ceño, enalteciendo su franelilla y queriendo desplegar los diversos mechones sujetos a sus cejas.

Demian imitó el acto al oír el encendido de luces provisionales; instaladas en las columnas sobresalientes de las paredes, y carentes de proveer energía suficiente como para una detallada iluminación.

—Quiero evitar que te maten —confesó, dejándola sin habla.

Ella le observó estar vigilando el oscuro pasillo a su lado, y tras aquella súbita epifanía, no supo de qué forma reaccionar.

—¿Y cómo porque debería creerte? —murmuró.

Demian supo que su mente había caído en la interminable ida y vuelta de las mil dudas, así que optó por soltarla. Sus castaños ojos se vislumbraron en la profundidad de esas enigmáticas pupilas, y al colocar el arma entre sus dedos, exhibió el cuchillo oculto en aquel brazalete de cuero; pudiendo abrir las esposas.

—Porque de haber querido matarte...

Ella comprendió la culminación de dicha frase, y sintió que era la primera vez en todos sus años como oficial, en la que sus manos temblaban.

—¿Estas consciente de que me has dado un arma cargada?

Él alzó ambos brazos, paralelos a su cabeza.

—Puedes matarme y terminar con esto... o arriesgarte a creer en un asesino.

Las cicatrices que él portaba fueron vistas por Elizabeth al tener tal cercanía con su esculpido cuerpo, y fue la proyección destinada al corredor, lo que secundó a que Demian aceptara su decisión.

—Si descubro que me has mentido... Juro que te mato.

El entrecierre de los pecaminosos ojos de Cougar, al evidenciar la Colt arrebatada a Matías y sustraída de su vaquero trasero, hizo que Elizabeth siguiera la sobresaltada definición que los músculos en su espalda exponían por haber salido primero.

Demian guió los pasos a la profundidad del funesto corredor, y a Elizabeth le sorprendió verle querer ir directo a una zona que por lo general, el único escape conocido seria a través de las complejas y selladas ventanas en las oficinas.

- —Oye, —le reclamó—. ¿A dónde pretendes ir? Vamos hacia...
- —La puerta emergente en el departamento del conserje —dijo, al no dignarse si quiera a mirarle; puesto que su atención estaba en el mínimo ruido llegado a ser percibido.

Ella aceptó haber olvidado la existencia de tal salida, y fue solo segundos posteriores a haber doblado en la segunda columna, que las pisadas de una persona tras ellos, les desconcertaron.

- —¡Kleinth! —La sorpresiva aparición del agente Díaz precipitó la confusión mental que ella de por sí ya experimentaba—¿Qué...?¡Oh! —Elevó la pistola a Demian luego de notarlo y que él hiciera lo mismo; por lo que Elizabeth no tuvo la mera idea de que hacer.
- —Dile que suelte la pistola —aclaró Demian, en busca de tener un indicio que lo llevara a confirmar su desconfianza.
 - -¡Kleinth, ¿qué coño está ocurriendo?!

La inquietud en los rasgos suizos de Díaz, se concretaron con la firme trascendencia de su revólver.

—Elizabeth... Le doy cinco segundos.

Ella visualizó la franqueza en el hablar de Demian, y descubrió el símbolo que sus ojos distinguían; resaltado en el antebrazo de su supuesto compañero.

- —Díaz, hazle caso —ordenó.
- —¡¿Qué?! —Esté se precipitó—. Mejor explícame, ¿por qué no tienes detenido al Cougar?

En el preciado momento que esas palabras colisionaron con las suposiciones de su lógica, llegó a la deducción de que Díaz no tuvo la posibilidad de transcurrir tan a prisa, los treinta y cinco minutos que se tomarían desde la jefatura a la central; además de saber que Demian eran el especulado asesino.

—¿Quién te dijo que soy Cougar?

Oyó a Demian preguntar, estando a pestañeos de disparar.

—Me lo dijo una de las agentes presente en el interrogatorio.

La expresión de Richard parecía no ceder; al igual que la suya.

- —Ninguna otra agente, a no ser Elizabeth, estuvo observando el interrogatorio. —La psicología de Demian esclareció la verdad que ella quería reconocer, y no tuvo temor de apuntar a Díaz—. Mentir es algo donde se debe tener mucha precaución... Tú no la tuviste.
 - -¡Richard, no quiero repetirlo más!

Esté inició a sudar y remover la mirilla del revólver.

- —Venga, Elizabeth. —Le Insistió—. Me conoces de hace años, y sabes que no te mentiría.
- —¡Eh, están aquí! —De repente, la voz de un hombre y demás oficiales turbó la tensión del asfixiante oxígeno, y apresuró a que Demian jalara del gatillo.

La bala penetró el hombro de Díaz, y un potente puñetazo a su mentón fue el causante de su desmayo. Demian tomó la muñeca de Elizabeth al percibir el viento que una munición causó al rozar los músculos de sus cuádriceps derechos, y la adrenalina detonó aquel rápido escape a su destino.

- —¡Muévanse! —gritó uno de los agentes.
- —¡Espera! —Elizabeth impulsó sus cuerpos hacia un atojo que no todos conocían, y se convirtió en guía de la latente oscuridad en la que la noche les había sumido.

Accedieron con prisa al último corredor, y justo antes de entrar, Demian volteó para hacer estallar todas las bombillas aun visibles. Ingresó al interior de la desolada oficina, donde Elizabeth ya había abierto la última puerta para su merecida huida, y el nefasto clima de la noche les dio la bienvenida a lo que juntos tendrían que lidiar si querían mantenerse a salvo.

- —¿Y ahora qué hacemos? —Los ojos de Elizabeth buscaron la certeza de ese pausado respirar.
 - -Ir por mi auto.

Él se encaminó rumbo al coche aparcado en la esquina que les concedería el libre transitar, y ella no dudó en acoplarse al asiento de copiloto. Repuso el cinturón por encima de sus pechos, y exhaló la tensión acumulada en sus pulmones desde que le vio aparecer de forma única e inaudita en su vida.

Demian aceleró después de haber girado en sentido contrario, y el viento emprendió su deslice por los pómulos de ambos. Apretujó el volante con fuerzas al saber que la Hemacrifilis hizo estragos en todo el tiempo que se autoconsumió de adrenalina, pero ocultó los cambios que el suero ejercía en su sistema inmunológico, cuando Elizabeth decidió hablar.

- —Si siempre hubo un plan, ¿por qué tomar la llave de mi auto? Sus cejas se intrigaron, y nunca dejó de sostener la pistola.
- —No sabía si podría confiar en ti. —Incrementó todavía más la velocidad, habiendo cruzado unas seis calles en total.
 - —¿Lo dices en serio? —Su sarcasmo rebosó de ira.
 - —Sí, y ahora necesito que no hables.

Dicho mandato colmó su agónica paciencia.

- —Tú a mí no me das órdenes.
- —Pues ordénate cerrar la boca.
- —¿Y si no, que harás? —Le demandó, ampliando las pupilas, y mostrando la indomable característica por la que se le conocía.

Demian frenó de golpe, y ella sintió la textura del cinturón; tirar de su cuerpo hacia el tejido de cuero en su asiento. Una camioneta pasó por delante del Acura, ocasionando que él le mirara en plena calma, y recogiera la pistola de sus zapatos. Extrajo la bala cargada junto con el cartucho, y la devolvió a su vigente dueña.

—Te recordaría que llevas un arma cargada.

En el auge de esos ojos se diferenció la mismísima muerte, y el empeño que la vida ejercía en querer volver a ellos... Fracasando.

Elizabeth calló el resto del camino, hasta que doblaron cerca de un pequeño bar, y entraron al único motel disponible en la zona.

Bajaron del coche tras estacionarse entre demás vehículos, y la repentina maleta extraída por Demian del baúl; además de la llave perteneciente a una habitación, originó en ella el pensar de que en realidad, todo sí había sido planeado a la perfección.

Por ello, subieron las escaleras hacia el estrecho corredor a vista de quienes quisieran, y se detuvieron en la recamara designada con el número ocho. Él permitió que ella pasara, y recolocó el seguro a la hermética puerta, una vez que estuvieron dentro. Le vio sentarse en el borde de la cama, mientras él comenzó a desvelar las prendas que llevaba en la maleta; dándole una idea de para que servirían.

- —Es increíble... —susurró Elizabeth sabiendo que él escucharía sin protestar, y revolviéndose el pelo con la palma izquierda—. No hace más que unas horas, mi vida era normal... Y ahora estoy aquí, con el asesino más buscando en este país.
 - —Deberías agradecer.

Demian imitó su tono de voz, aun dándole la espalda.

- —¿Qué cosa? —pregunto, estando dolida e indiferente.
- —Que no te maté cuando debí.

Al oírle, el estocolmo mental que abundó en su mente se nubló, y fue ágil en reincorporarse para tomar la Colt que Demian portaba en la cintura. Dio dos pasos hacia atrás al verle voltear, y le apuntó directo al centro de los pectorales; midiendo ese anillo entrelazado a su cadena.

—¿Quiere decir... que eras tú? —cuestionó al repetir sentir ese nudo en la parte alta de su garganta, y estar estremeciéndose.

Demian supuso lo que podría ocurrir si no fuese cauteloso, y se atrevió a aminorar la distancia de sus cuerpos; apoyando el orificio del arma en su pecho. Elizabeth temió más hacerle daño, que creer en que él se lo haría, y sus pupilas quedaron estáticas en la pantalla del móvil que él empezó a sacar del bolsillo delantero.

Una especie de numeración con varios nombres se vislumbró en el iris de sus ojos, y Demian amplió el documento para que pudiese verlo con claridad; no apartando la vista de su rostro.

—Si lo que querías es la verdad. —Su boca gestionó esos lentos y serenos movimientos—. Aquí la tienes.

—¿Qué es eso? —Afincó la Colt con mayor insistencia sobre la franelilla de Demian, y se mostró desorientada.

Él notó su inquietud, y optó por admitirle todo.

- —Hace un mes... mi ahora difunto ex-jefe, me entregó una lista de personas que habían participado en la creación de un suero, y al mismo tiempo una bacteria, llamada Hemacrifilis. —Los bellos de Elizabeth se ruborizaron por completo—. Me encargué de eliminar a todos los nombres de la lista, pero resulta que luego de hallar a la última, hizo que me preguntara... ¿Por qué?
- —¿A qué te refieres? —La incertidumbre desequilibró el arma, que con tanto apuro trató de mantener estable.
 - —A porque tú fuiste la última.

Ella ojeó el teléfono, y descubrió su nombre en el número doce. Retrocedió y se ubicó de rodillas en la cama; todavía apuntándole, y los pensamientos jugaron a ser una bomba de tiempo.

—Dime que quiere decir eso —susurró—. ¡Dime porque razón estoy en esa maldita lista!

El pulgar derecho de Demian dio acceso a la siguiente imagen; exteriorizando la foto tomada a uno de sus agresores, la madrugada del día anterior. Una especie de cruz, simbolizada en cuatro flechas y un corazón de naipe en el centro; indicando el norte para quien la llevaba, se impregnó en el subconsciente de Elizabeth.

—¿Has visto esto antes?

El recuerdo se materializó en sus latidos.

- -Ese... es el tatuaje que tenía Richard en el brazo.
- —¿Nunca lo había mostrado antes?

Cada pregunta y respuesta les llevaba a un callejón sin salidas.

- —No —confirmó, evitando el pesar de sus hombros.
- —Entonces deberías prepararte para dejar de confiar en quienes creías conocer.

Demian guardó el móvil, y ella pudo apreciar el gran porcentaje de venas que brotaban de sus brazos. Redirigió la atención al auge de sus ojos cuando le vio hacer lo mismo, y no evitó sentir aquella extraña sensación de querer confiar en él.

—Sigo sin saber porque soy tan importante para ti.

Tras verle necesitar una concreta explicación, él guió las suelas de los zapatos al borde de la cama; propasando los limites dictados por la propia pistola. Elevó los dedos al rose del arma, y Elizabeth la inclinó al dejarse llevar por esa sensación a la que su entender se estaba sometiendo.

—Porque Evans creyó que eres la única que puede ayudarnos.

El destello de la bombilla situada sobre la pequeña mesa junto a la cama, sobresaltó la seriedad de ese imparcial rostro.

- —¿Quién es Evans?
- —Mañana le conocerás —admitió Demian, despojándola de su arma, y dando vuelta hacia la silla donde tenía su pequeña maleta.

Le otorgó unos leggins oscuros que tenía en mano, imaginando que ella sabría el motivo. Elizabeth los acogió al bajar de la cama y pretender entrar en el baño, si él no hubiese tomado su muñeca con delicadeza; entregándole unas tijeras.

- —¿Quieres que me corte el pelo? —Las vio y amplió el tono de sus abismales pupilas, a medida que fruncía el ceño.
- —Después de lo que ha pasado, a estas horas ya deben creer en una de estas dos opciones. —El erguió la postura frente a ella, y se cruzó de brazos; señalando el número dos en los dedos—. O estas secuestrada y posiblemente muerta, o ayudaste a que un asesino se fugara, y ahora te convertiste en un blanco —relató—. Así que por tu bien, esperemos que hayan creído en la primera.
- —¿Y qué hay de ti? —declaró—. Ahora que todos han visto tu rostro, ¿no crees que les será más fácil hallarte?

Demian continuó con aquella rígida e inaccesible actitud.

—Antes ya tenían una idea de mí... —murmuró—. Ahora les di la realidad de lo que esa idea puede llegar a causar.

Un escalofrió recorrió los brazos de Elizabeth; precediendo a su afónico ingreso al tocador. Allí, dejó la puerta semiabierta, e inició a rasgar los mechones sobresalientes de sus hombros; admirándose en el espejo del lavabo, y presintiendo el cambio que daría su vida desde los interminables minutos de esa noche.

Al terminar, regresó a la pequeña habitación donde el cuerpo de Demian yacía sentado en la cama, y con la vista en su teléfono.

—¿Así te parezco irreconocible?

Él levantó la cabeza para verla.

—Sobre lo que te pedí que buscaras. —Ella asimiló el hecho de haber distorsionado su respuesta, por lo impórtate que sería el tema de la nota, todavía en su bolsillo—. ¿Qué tanto sabes?

Un ligero suspiro escapó de esos rosáceos labios, y no se retuvo a recostar la espalda del marco concerniente a la puerta; ocultando sus pulgares en el interior de los leggins.

- —Sé la cantidad exacta de personas que fallecieron —admitió, captando la frigidez que él sobrellevaba en su mirar—. Sé que solo unos pocos salieron con vida... Y entre ellos un niño de doce años, que se atrevió a regresar por otros dos, —el vibrar de esas enormes pupilas castañas resonó en sus latidos—, pero ese niño... —Ver en que la semejanza de sus ojos con la de un verdadero puma era algo innegable, le reveló la verdad—. No es posible. Demian Colter...
 - -Murió el veintidós de septiembre de dos mil uno.

El silenció abrumó su utópica estancia en la habitación.

- —Es por eso que nadie nunca logró encontrarte.
- —Y es por eso que no deben hacerlo. —Añadió, al reincorporar las piernas del colchón—. Ahora, es mejor que descanses. Mañana madrugaremos.
 - —¿Tú donde dormirás?

Ella se adelantó a posicionarse frente a la cama.

-No te preocupes por mí.

Demian flexionó las rodillas en la silla al apartar la maleta, y se dispuso a ojear el móvil por última vez. Descubrió el recién correo que había llegado a esté, y leyó con atención las palabras descritas por esa pequeña niña en quien no dejaba de pensar... Mientras miró el reloj incrustado en su muñeca; angustiándose al imaginarla.

-Ojala y ya tengas tiempo libre... Te extraño--Buenas noches-

Recibido: 21:04 22/10/2016

Capítulo 3

-Domingo 23 de octubre de 2016-

Con el sentir de un cuerpo apoyando las palmas en el borde de la cama, Elizabeth abrió los parpados. Observó el modo en que ese suéter de cuello apretaba cada musculo de Demian, y su mirada parecía consumirle la piel.

—Es hora de irnos. —Le susurró.

Ella deslizó la muñeca para admirar su reloj, y frunció el ceño a vista de que él imaginaria tal desacuerdo.

- —¿A las cinco y media de la mañana? —cuestionó, al afincarse en sus codos y apartarse uno que otro flequillo del rostro.
 - —Entre más estemos aquí, menos tardaran en encontrarnos.

Los zapatos de Demian resonaron ir en dirección al baño.

- —¿Y a donde se supone que iremos ? —Recogió ambas piernas para poder sentarse en la esquina del colchón; próxima al tocador.
 - —A Leinkdell.

Los sentidos de Elizabeth se agudizaron al instante, mientras se dispuso a caminar hacia él. Tras abrir la semi abierta puerta, le fue entregada una toalla sobrante en manos de Demian, y pudo notar la ligera soberanía del tono oscuro que ahora poseían con abundancia sus iris.

- —Dirás a las afueras —comentó en voz baja—. Solo de ir hacia las montañas de Tallmork, partiríamos a estas horas.
- —Entonces no te tardes —dijo él, rozando su costado izquierdo al dejarle sola, y cerrar la puerta que le permitiría ver aquel vestido azul pastel, estampando con lunares blancos; impresionándola.
- —¡Oye, no... aguarda! —Elizabeth giró la manilla para dar con su silueta, viéndole estar recogiendo la maleta de la silla—. Yo no uso vestidos, y esta no será la primera vez.

Él dio apertura a las cerraduras de la puerta. Se cruzó de brazos, y destinó la atención a la inquietud de ese caucásico rostro.

—Dime una sola cosa que perderías al hacerlo.

Ella meditó sus palabras, sabiendo que la psicología era una de sus mayores cualidades.

—La opinión que tengo sobre ellos —contestó.

—¿Y desde qué edad la tienes?

Su voz, su porte, e incluso sus ojos, lucían calmados y atentos a los gestos hechos por Elizabeth.

- —¿De qué...? —Ella turbó las cejas, y arqueó el labio superior.
- —Hablo de que para tener una opinión o convicción sobre algo, hay que haber experimentado un suceso que la produjera. —Bajó la maleta a los dedos, y la colgó de su hombro—. La tercera ley de newton explica la existencia entre una acción que da una reacción.
 - —¿Y qué me estas queriendo decir con eso?

El vestido fue arrugado por el puño de Elizabeth, a medida que el enojo se adentraba en sus emociones.

—Que si sigues dejando que tu opinión controle tu obligación, no estás apta para el rango que tienes.

El sonido de la puerta tras su salida hizo eco en el desequilibrio hormonal que él había causado en ella, y no fue sino unos nueve y tantos minutos después, que Demian pudo verle bajar las escaleras usando el subjetivo vestido. Cedió la libertad del asiento libre junto a él, y percibió su mirada de indisposición.

- —Te crees muy astuto, ¿no?
- —No. —Se negó al asumir que ella estaría irritada.
- —Pues te diré que no tienes derecho para juzgar a quienes creas te plazca, solo por creer suponer el pasado de las personas.
- —No te juzgué, Elizabeth. —El encendido del Acura causó que el bramar fuese tomando bríos—. Te di un consejo.
- —¡¿Llamas a haberme insultado, un consejo?! —Ella giró hacia su figura, no entendiendo el motivo del porque al verlo, su palpitar cobraba intensidad.
- —Solo digo que si alguien no me hubiese ofrecido sus consejos antes de ser lo que soy, —sus pupilas parecían pérdidas—, quizás hoy no estaría sentado junto a ti... Quizás hoy estaríamos muertos.

El viento erizó los bellos de los desnudos brazos de Elizabeth, y presintió asimilar la profundidad de dichas palabras. No se demoró en apretar los bordes de su vestido, pese al gélido clima.

—¿Te arrepientes de haber sido tú? —murmuró, sintiendo algo extraño apretar sus cuerdas vocales.

Demian arrimó hacia ella, y tuvo cuidado en no rozar los dedos con el vestido; al dar con el cinturón de seguridad, y deslizarlo por sus pechos.

—Podría arrepentirme del ayer —confesó, en tono de hacer que su mente se estremeciera—. Nunca de lo que me ha enseñado.

Ella quedó afónica por unos segundos, y los inicios de lo que tal vez pudo asemejarse a una sonrisa, fueron arrebatados en cuanto se dio cuenta de la forma en que Demian veía el espejo retrovisor del automóvil.

De pronto, el estruendo de una distante puerta perteneciente a la habitación más lejana del motel, acabó con el imparcial silencio de la madrugada. Una chica no mayor a los dieciséis años salió a toda prisa rumbo al corredor; cubriendo su cuerpo con una manta, y aun vistiendo parte de su ropa, pero envuelta en lágrimas.

Un joven adulto fue a por ella, proviniendo de la misma alcoba, y eso bastó para que en unos simples pestañeos, Elizabeth perdiera de vista la silueta de Demian; habiendo desalojado el vehículo.

—¡No, por favor! —clamó la niña, al ser sujetada por el chico.

Demian se dio prisa en subir las escaleras; percatándose de que el reloj en su muñeca comenzaba a latir de la misma manera que en la central, aumentando el porciento numérico de su adrenalina.

- —¡Ehh, que dejes de gritar, Elena! —dijo el joven, reteniéndola en sus robustos brazos de deportista.
 - —¡Demian!

Elizabeth había podido alcanzarle. Sin embargo, después de que el llamado hizo que el chico descubriera su presencia, enfureció su ebrio rostro canadiense, y apretó con mayor fuerza a la niña; quien pataleaba por no poder respirar a causa de tener la boca obstruida.

—¡¿Y tú quién mierda eres?! —cuestionó—. ¡Oye, Enrique!

Un hombre provino de la habitación. Portaba un bat de metal, y los botones de su camisa abierta expuestos a la noche.

—¿Qué coño ocurre? —Esté frunció el ceño—. ¡¿Qué es lo que quieres, imbécil?!

Demian se detuvo a solo centímetros de tomar a la niña, y en su vista se distinguió la mirada de un verdadero asesino a sangre fría.

—Si intentan seguir con esto, les irá peor.

La rigidez de su voz evocó un escalofrió en la piel de Elizabeth; cuyo cuerpo yacía tras el suyo, sabiendo que él no era uno de esos sujetos a los que les gustaba pedir las cosas dos vez.

—¿Qué te has creído, payaso? —preguntó el del bat, apuntando su cabeza—. Ricky, lleva a Elena de vuelta a la habitación.

La niña recomenzó a moverse con apuros al no querer, y fueron sus lágrimas las que condujeron a que cada vena en los tonificados brazos de Demian saliera a la luz. Apretó los puños con ira.

—¡Pero, ¿qué les sucede a ustedes dos?! —El repentino tono de Elizabeth se instaló a su lado—. Tienen a una menor de edad en un motel. ¡¿Creen que les dejaremos así no más?!

—¡Tu cierra la boca, puta!

Aquella oración fulminó la paciencia que Demian intentó tener. Por ello, apretó el bat y lo guió hacia él; levantando los nudillos de su mano izquierda, y colisionándolos en la nariz del sujeto. Esté no pudo evitar perder el equilibrio y caer, a medida que su compañero pretendió apoyarle; soltando a la niña.

—¡Hijo de...!

La palma de Demian apretujó el puño del chico, retorciéndolo a un punto que el dolor se reflejó en sus parpados. Le sometió ambas piernas a arrodillarse, para luego proyectarle un golpe en la cara.

—Tranquila, cariño. —Elizabeth abrazó a la niña para tratar de calmarla, y fue cuando al ver que Demian se alejaba de los sujetos, el de mayor edad quiso arremeter por la espalda—. ¡Demian, ten...!

Él actuó de modo ágil en voltear y esquivar el puñetazo que dio en el filo de su hombro; tomando la camisa de Enrique y causando que su cabeza tronara contra el muro de madera junto a ellos. Miró a Ricky yacer en el suelo del corredor, y pretendió haber dado fin a la pelea, de no haber sido por el hedor a alcohol que emanó la boca de su lastimado compañero.

—Ella solo quería demostrar que era una mujer. —Las gotas de sangre se vislumbraron bajar por su nariz—. No pueden culparnos de haber hecho lo que cualquier hombre hubiese aprovechado.

Al oírle... los sentidos de Demian colapsaron.

Elizabeth notó la indiscutible sobre exaltación de sus venas, y le vio dirigir los pasos hacia el individuo; agachándose para poseer la firmeza de empezar a golpearle el rostro con frialdad.

—¡Demian, basta! —Le gritó, sin recibir respuesta—. ¡Demian! Los nudillos de Cougar iban y volvían de la cara de ese sujeto, y de un modo exorbitante, los recuerdos fueron entrelazándose con la realidad... haciéndole daño.

- «—En el fondo, sé que no eres una mala persona. —La delicada voz de una joven se adentró en su memoria—. Sé que solo estas un poco confundido... y no sabes que hacer»
- «—¿Y porque lo dices? —Él sonrió al verla sentarse encima de su pierna derecha, y exhibir la lengua en señal de burla»
- «—Pues porque no somos lo que hacemos... —Le besó—. Sino lo que sentimos al hacerlo...»
 - —¡Demian...! ¡Joder, que te detengas!

Al recobrar los sentidos, las palmas de Elizabeth se acoplaron a sus pómulos, y la cercanía de sus narices le precipitó. Él detuvo el ímpetu y cólera ciega. Se reincorporó al dejar que ella le permitiera hacerlo, y visualizó a la asustada niña que les veía desde una corta distancia.

—Hay que irnos —comentó.

Elizabeth asintió estando preocupada de lo que le había pasado, y cubrió a la niña con sus brazos, antes de que bajaran las escaleras de servicio. El temor de la chica aún era incontrolable, y una vez se encontraron todos en los estacionamientos, Demian se ubicó frente a las dos, extrayendo unos cuantos dólares del bolsillo.

- —¿Para qué es eso? —cuestionó Elizabeth, turbando las cejas.
- —No podemos involucrar a más personas en esto.

Él fue lo más sincero posible, suponiendo que ella se negaría.

- —¿Y quieres que la dejemos aquí sola?
- —No —aclaró—. Quiero que tome un taxi y vuelva a su casa.
- —¡¿Sera que te has vuelto...?!
- —No se preocupen por mí... —La niña admitió poder hacerlo, y tomó el dinero ofrecido—. Gracias por haberme salvado... yo, no... ellos dijeron que solo íbamos a... —El llanto irrumpió en sus ojos.

—Descuida. —Elizabeth sostuvo sus dos manos—. Ve a casa, y cuídate de volver a creer en tipos como esos, ¿de acuerdo?

El asentimiento de la niña fue automático, al igual que su salida del motel, tras asimilar el consejo de una agente experimentada en esa clase de casos.

Ambos subieron al Acura después de saber que la niña estaría a salvo, y el arranque hacia su destino fue puesto en marcha, dejando que las primeras luces del alba les iluminaran los rostros. Elizabeth pareció entender que dar ese vistazo a tan cálidos rayos del sol fue necesario para cesar la tensión, y no contó con que Demian guiaría la mano derecha al compartimiento de su asiento; extrayendo unas gafas oscuras.

—El viaje será largo, —le entregó las gafas—, así que deberías descansar.

Ella giró para observarle doblar en la segunda avenida que daría paso al extremo de la ciudad, y sus rozados labios se entumecieron.

—¿Qué pasaba por tu mente al golpear a ese sujeto?

La pregunta allanó toda distancia en los ojos de Demian, el cual no dejó de apretujar el manubrio, y extrañarse con ese porciento de suero que se especificaba el reloj.

- —Algo de lo que no debes preocuparte.
- —Casi le matas —declaró Elizabeth, apretando los puños.
- —Le pedí que me devolviera a la niña, y no hizo caso.

En su mirar pudo distinguirse un silencio mutuo entre su mente y su alma; limitándose a confesar cualquier secreto.

—¿Fue por eso que perdiste el control?

Ella tuvo intenciones de llegar al fondo del asunto.

—No —murmuró Demian, bajando la guardia—. Lo perdí en el momento que oí lo último que dijo. —Por alguna razón, apretó los músculos de su dentadura con énfasis, y frunció el ceño—. Ningún hombre tiene derecho a joder la vida de una mujer, solo por placer. Eso no te hace un hombre... Te hace un cobarde.

Aquella frase cautivó las ansias de Elizabeth, y cada bello de su esbelto cuerpo de mujer se ruborizó.

—"En el fondo... sé que no eres una mala persona" —susurró.

Él quiso mirarle al escuchar lo que había dicho, pero se percató de que ya estaba sumida y acomodada hacia la ventana; preparada para volver a dormir. Por dicha razón, encendió el interruptor del radio, y sincronizó el volumen de la música; haciendo que el tono de "Clearest Blue" se profundizara en el vehículo.

Recolocó la vista en las calles que transitaban, y pisó a fondo el acelerador, sabiendo que les faltaba poco para salir a la carretera en donde llegarían a la productiva ciudad de Leinkdell.

De modo que, con el pasar de las horas, ese gigante letrero azul; visto por todos lo que entraban y salían de la ciudad, les indicó que era el punto para tomar el camino a su diestra. El Acura prosiguió el curso fijado, y las aves en los arboles aparentaron dar una cálida bienvenida a los viajeros; aun faltando más de una hora para saber que estarían en las afueras del condado.

No obstante, el flujo del tiempo transcurrió con apuros, y aquel sendero oculto en la magnitud del bosque; dotado con una inmensa cantidad de robles; todos por encima del tamaño promedio, fue lo que ocasionó el despertar de Elizabeth. Pues la majestuosidad de la atmosfera que contemplaba le había dejado sin palabras, y el tener la fortuna de apreciar las vastas hojas marchitas cubriendo casi por completo el terreno, le provocó nostalgia.

Demian le vio parecer estar distraída en su propia mente, y bajó el cristal de su ventana mediante el botón de la puerta. Eso dio vida al inconfundible aroma del petricor; dejado por los restos de lluvia, e intensificándole los sentidos.

- —Suele llover cuando menos te lo esperas —dijo en voz baja, y admirando el par de conejos que vieron correr entre los arbustos.
- —¿Cómo...? —Elizabeth erguió la espalda y contrajo las cejas, ya que se sentía confundida y extrañada—. ¿Cómo acabaste siendo lo que eres?

Demian redirigió el volante a la izquierda; adentrándose en uno de los tres caminos limpios del bosque. Un hombre con vestimenta de pescador se hizo presente al pasar junto al Acura y saludar; y un viejo puente sobre un arroyo cobró importancia tras esté.

—Lo mismo me gustaría saber sobre ti.

Elizabeth reaccionó de estar momentáneamente más pendiente al panorama que les rodeaba, y se regocijó en el asiento, queriendo sonar lo más astuta que pudo.

- —A su debido tiempo lo sabrás.
- —Entonces lo mismo digo. —Le respondió, segundos antes de cruzar el perecedero puente de ladrillos, y saber que ella le dirigiría la misma innegable expresión; llevada al aceptar el vestido.
- —¿Voy a tener que irme acostumbrando a que nuestras platicas siempre terminen en más preguntas de la cuenta?

La suspicacia controló su entendimiento.

- —Cuantas más respuestas te dé, muchas más preguntas querrás hacer. —Él fijó las pupilas en las suyas, y Elizabeth se autoafirmó así misma, que sus ojos sí habían cambiado a ser más oscuros, pero no quiso enfatizarlo.
- —¿No es el típico caso de que si me cuentas, luego tendrás que matarme?
- —No —contestó Demian, deteniendo el coche en silencio—. Si te cuento, luego tendré que hacerte parte de mi vida.

Elizabeth tragó en secó al oírle. Se dio cuenta de que algo en su manera de hablar llegó a causar ese ligero espasmo en la piel, y no imaginó ser interrumpidos por una tercer y sorpresiva persona.

- —¡Ehh, pero si ya llegaron! —La voz de un joven se sobresaltó provenir desde la minúscula cima del sendero, y esté amplió ambos brazos para que salieran del coche; caminando hacia ellos.
 - —Es aquí —dijo Demian, volteando para tomar la maleta.

Elizabeth bajó del Acura enseguida, y dio los primeros pasos al acogedor rostro del chico rubio que les sonreía. Estudió sus rasgos faciales, y cayó en la mera deducción de que su perfil se asemejaba al de un holandés y/o serbio; puesto que su nariz era delgada, y con una leve curva. Lucía las cejas finas sobre la montura de sus lentes; además de carecer, tanto de barba, como de una complexión física muscular.

—Tú debes ser Evans.

Esté apagó la pantalla de su tableta electrónica; gestionando una respuesta afirmativa.

—El mismo del que te han hablado.

Demian le miró pareciendo distante a la plática, y caminó junto a ellos sin hablar. Subió la empinada cuesta sosteniendo la maleta, y continuó el andar hacia la reservada vivienda.

- —¿Día duro? —cuestionó Evans, una vez asimilando la estática mirada de Elizabeth a su silueta.
- —Tuvimos un contratiempo antes de salir —dijo, al colocar dos de sus mechones tras la oreja.
- —Ya lo imagino. Siempre hay contratiempos cuando se trata de Demian. —Al haberse escuchado, giró de manera disimulada hacia Elizabeth, y entumeció los labios—. Mierda. Espero que no la haya jodido al mencionar su... —Le señaló.
- —Descuida. —Una sutil sonrisa fue liberada al bosque—. Hizo que supiera quién es... —se demoró—, por lo del incendio.

Evans correspondió a su expresión, y se reajustó los lentes.

—Vale... Pues parece que le has caído bien.

Elizabeth memorizó, luego de oírle, que Evans de seguro podría ser la única persona que realmente conocía a Demian, exceptuando a su ahora difunto ex-jefe.

- -Eso parece.
- —Muy bien. —Esté asintió con el pistacho tono de sus enormes pupilas—. ¿Me acompañas? Hay mucho de qué hablar... Aunque al verte aquí, supongo que ya estas al día, ¿no?
 - -Supongo.

Las pisadas de ambos fueron dificultándose con cada pedrusco en el camino, hasta que al subir del todo, Elizabeth no pudo evitar quedar extasiada de ver tal imperdible vista. Una pequeña cabaña de dos pisos se vislumbró en el centro de sus ojos, rodeada por más que incontables flores con un gran valor sentimental para ella.

—Son... "Dalias" —murmuró.

Evans le observó ir tocando los pétalos de todas las que podía, y respirando la fragancia emanada de su interior.

- —¿Ya les conocías? —preguntó, mientras encendía la tableta.
- —Son mis flores favoritas —dijo con énfasis—. En el lugar que crecí siempre hubo un montón, y solía recogerlas con mi madre.

—Entiendo lo que sentían. —Evans acarició una flor al no dejar de andar—. Demian escogió este sitio como hogar, porque el color de las Dalias le hacía recordar a alguien importante.

La afonía suavizó la garganta de Elizabeth por un instante.

Al llegar al pórtico de la casa, la puerta principal se abrió de un modo sorpresivo, ocasionado por Demian; quien reubicó la mirada en Elizabeth, posterior a ver el intrigante rostro de Evans.

—¿Te irás a entrenar, ahora?

Ella alcanzó distinguir la camiseta ajustada a sus músculos, y el yogins deportivo que vestía; haciendo sobrante la pregunta.

- —Volveré en un rato.
- —He encontrado algo que puede interesarte.

Demian dio un paso fuera para salir.

- —Cuando regrese lo hablamos —contestó al pretender irse.
- —¡Hey! —Evans elevó su mano libre. Reveló un número tres, e hizo un semicírculo con el pulgar y el índice; algo que retuvo toda posible movilidad de su amigo—. ¿Estás bien?

Elizabeth no entendió lo que ese signo significaría para ellos, y tan solo le vio sacar el arma que llevaba en el pantalón. La recargó; apretando los músculos de su mandíbula, y asintiendo con calma.

—Estoy bien.

Se marchó tras volver a rozar las pupilas de Elizabeth.

—Entremos. —Sugirió Evans, redirigiendo su atención a lo que parecía un correo en la tableta.

Ella no demoró en seguirle, y se adentró en la casa, al hacerse la idea de que era el único sitio seguro que quedaba. Inició a mirar las proporciones rusticas y añejas de las maderas que mantenían todo en pie; además de notar la falta de muebles en la sala principal, con la única excepción de un pequeño comedor para dos.

En la mesa yacía un arma y su respectivo cargador. Una carpeta negra que imaginó ser algún documento perteneciente a Evans, del que tal vez charlarían, y le vio señalar una de las sillas.

- —Disculpa, pero... ¿tienes hambre? —Entumeció los labios por segunda ocasión.
 - —Quisiera solo agua, por favor.

Al traer lo pedido, Evans se acomodó en la silla de enfrente. Se encargó de deslizar el documento hacia ella, y dejó la tableta junto al arma. Dobló las mangas de su camisa gris al filo de los codos, y alzó la pierna derecha encima de la izquierda; estando augusto.

- —Sé que tienes demasiadas preguntas... pero empecemos por lo importante. Tanto Demian, igual que yo, nos preguntamos por qué tu nombre apareció en la lista, así que espero nos ayudes.
- —No sé él porque, ni el cómo llegue ahí —respondió Elizabeth, dejando el vaso de cristal medio lleno sobre la mesa—. Estoy tan jodidamente perdida como lo están ustedes, y creo que es a mí, a la que deberían darle respuestas.

Evans asintió e indicó los archivos; luciendo sereno.

-Por favor, ábrelo.

Ella así lo hizo, y leyó las primeras palabras visibles:

Documento confidencial -Proyecto Vigía-Código #4991-6091

—¿Y qué se supone que esto?

Los nudillos de Evans dieron soporte a su mentón, antes de ser descansados en el comedor. Elizabeth se percató de la perturbación que mostraron sus cejas, y la quietud de sus ojos; como si lo que se iba a hablar, fuese algún tipo de desentierro a un oscuro pasado.

—¿Qué crees que es el código? —Le cuestionó.

Ella rozó el papel con la textura de sus dedos; buscando en la mente lo que podría representar, hasta que su pensar le ocasionó un leve Déjà vu.

- —No es un código —susurró—. Es... una fecha.
- —El diecinueve de junio de mil novecientos noventa y cuatro, tuvo lugar un hallazgo que le fue reservado al mundo. —Elizabeth dio vuelta a la primera página; hallando imágenes y notas—. Cerca de la isla Cramond, en el archipiélago británico, descubrieron otra pequeña isla mareal, que no registraron en ningún libro de historia, a causa del fenómeno de marea baja más grande en la humanidad.
- —"El Declive". —Elizabeth le miró por unos segundos—. Uno de mis profesores en la armada… lo mencionó una vez.

Evans se reubicó los lentes con la punta del dedo.

—Pues eso dio lugar a que un grupo de científicos encontrara lo que nunca debió haber existido. Una sustancia química almacenada en el compuesto de un alga, que al haber sido estudiada, dio con la misma composición de la que estamos hechos los seres humanos.

Un ligero viento se adentró por la ventana.

- —Eso que me cuentas... —Ella removió su cabello al pretender sonreír, y levantarse de la silla—. ¿Me estás diciendo... que algo de esa magnitud tuvo lugar aquí, y tú...? ¿Esperas que crea en eso?
- —No espero que lo creas, pero es la verdad... y aun no te conté la peor parte.
 - —¿Qué significado tiene el "Proyecto Vigía"?
 - El desconcierto en Elizabeth corroboró sus gestos.
- —Significa que hicieron pruebas con gente inocente... a las que les ofrecían ser el principio para la gran cura del mundo. —Ella se cruzó de brazos al sentir como esa gélida brisa erizaba su piel, sin temor a rasgarla—. A partir de esos exámenes, lograron desarrollar una especie de vacuna, a la cual se le denominó Hemacrifilis. Algo capaz de hacernos más fuertes, inteligentes, e inmunes a cualquier tipo de enfermedad... pero que te mataba, si tu cuerpo no podía ser lo suficientemente apto para alimentar el suero.
 - —¿Te refieres a qué eso se alimentaba de nuestro organismo?
- —No necesariamente. —Evans se estiró para tomar la carpeta, y dar con la página que buscaba—. El Hemacrifilis traía un tipo de parasito que se mantenía vivo con sus propios elementos químicos, y la única posibilidad de acabarlo, era desarrollar el suero hasta ver que esté ocupara todo nuestro organismo humano... y causara que el parasito se auto consumiera así mismo, muriendo.
- —¡¿Cuantas?! —Exigió saber Elizabeth, dando con esa cruda e irremediable mirada de Evans—. ¿Cuántas personas murieron para que crear esa vacuna? —La impotencia brotó de su ser.
- —Las necesarias... para que nuestro jefe se diera cuenta de que algo estaba ocurriendo y le era ocultado a todo el planeta. Hizo que Demian y yo nos encargáramos, una vez descubrió la cruel verdad, pero nunca creímos que habíamos dejado un cabo suelto.

- —¿Hablas de que no mataron a todos los responsables?
- —Eso fue lo que nos hicieron pensar —confesó Evans—. Y es la razón del porque tú sigues con vida. De alguna manera, alguien supo que no te haríamos daño, porque no encajabas en esto. Tardé investigándote, y resulta que nunca tuviste ningún tipo de relación con los creadores, o ayudantes del Hemacrifilis. "Eres la pieza que no debió aparecer en este rompecabezas".

Elizabeth frotó su cuello al necesitar oxígeno.

- —Debo salir un momento.
- —Antes toma esto. Ahora es tuya—El cargador le fue insertado a la Walther P99, y la palma de Evans se ofreció a entregársela.

Ella la tomó; percibiendo el frio metal que allanaban sus dedos. Caminó a la puerta y salió al pórtico, resoplando un débil manto de oxigeno que cubría su pulmones. Se detuvo al apoyar ambos codos en el barandal de madera que rodeaba la vivienda, y dejó a sus ojos perderse en el color de las flores; al mismo tiempo en que las ideas trataban de aceptar lo que...

Su mente se nubló al verlo... Dar con la silueta semidesnuda de Demian le petrificó la visión, y más aún tras visualizarlo junto a lo que asemejaba un lobo de pelaje grisáceo. Miró por segunda vez el definido cuerpo que iba hacia ella, y a medida que más se acercaba a la casa, pudo identificar los tatuajes escondidos bajo la camiseta colgada de su hombro.

La cabeza de un puma en Tribal estaba enaltecida en su pectoral izquierdo; y en los oblicuos, lucia cuatro gruesas marcas de garras que se perdían por debajo de su pantalón. Contemplar y suponer lo que esos símbolos representarían para él, fue el mayor misterio que se presentó ante Elizabeth, de forma que no tuvo intención alguna de parecer asombrada.

—¿Has acabado?

El sarcasmo de Evans se intercaló entre el viento al salir.

—¿Terminaste de explicarle todo?

Demian posicionó la vista en ella; acariciando el terso pelaje de la loba que olfateaba a la joven de pie, cercana a ellos.

—¿Tu qué crees?

- —¿Tienen un lobo de mascota? —Les cuestionó de improviso.
- —No es un... es una, y su nombre es Ayka. —Evans comenzó a ir descendiendo por los escalones—. Vivía aquí desde mucho antes que llegáramos, y Demian tuvo que conseguir su permiso para que nos dejara quedar. Es la hembra más vieja de la manada y la única que cuida de ellos.
- —¿De qué querías hablar? —argumentó Demian, al interrumpir la breve historia.

Un débil suspiró se materializó con los impotentes rayos que el sol brindaba a su entorno.

- —De que hallé algo concerniente al tatuaje de los sujetos. —La tableta fue expuesta al aire; mostrando unas imágenes—. Dos tipos con el mismo signo suelen asistir a un club de fiestas que solo abre fines de semana. Se le conoce como "Obelisco", y por lo que tengo en las grabaciones, no faltan.
- —Se dónde queda ese lugar —admitió Elizabeth, incluyéndose en la plática—. Hubo una redada hace un mes, y fue a una esquina de ese club.
 - -Pero no iras -replicó Demian.
- —¿Perdona? —Elizabeth frunció el ceño—. No sabía que ahora tomabas decisiones por mí.
- —La única decisión que debería importarte, es saber que no me acompañaras a un sitio donde puedas correr peligro.
 - —¿En serio crees que podría correr más peligro?

Demian objetó su mirar de sugestión; puesto que esa actitud de ser una mujer a la que no se le imponían limites, ya había sido más que captada por él.

—De acuerdo. —Evans elevó ambas palmas—. Antes de verlos darse un tiro, porque no piensan en esto. Elizabeth ya está fuera del cuerpo policial, crean lo que crean en la central, así que lo mejor es mantenernos en movimiento... A no ser que queramos ser hallados, y quizás nos maten... o la policía, o quienes de segura ya la buscan. Demian... Tú decides.

Él fijó los ojos en ella, transmitiéndole su angustia en silencio.

—Si vas, podrían matarte —susurró.

—¿Tú me dejarías morir?

Los latidos de Elizabeth soltaron aquella pregunta así no más, y sus dedos dejaron el arma sobre el barandal. Sabía que había algo extraño adueñándose de sus emociones cada que unían miradas, y no se permitió dejar de insistir, hasta acompañarle. Lo necesitaba... o al menos era eso lo que sus pensamientos le exigían.

—¿Conocemos a alguien allí?

Al oírle preguntar a Evans, supo que Demian había aceptado, y un destello de satisfacción se impregnó en su cara.

—Ritchie se mueve por esos sitios, pero no he podido hacer que me conteste las llamadas. —Giró para reingresar a la casa—. Ósea que estamos solos nosotros tres... Bueno, cuatro si quieren contar a esta supuesta cómplice.

Ayka correspondió la caricia de Evans, y le siguió al interior.

Demian subió de igual modo, y descansó la espalda en la puerta para que Elizabeth entendiera que debía pasar. Por tanto, retomó su arma, e inmediatamente Demian se adentró en su camiseta, le miró con el fin de hacerle continuar hacia el segundo piso.

Los dos llegaron a la segunda de tres puertas ubicadas en aquel largo corredor de caoba, y fueron esas blancas cortinas dotadas en la ventana del fondo, las que saludaron a Elizabeth mediante uno de tantos suaves balanceos.

Él giró el picaporte después de introducir la llave de su bolsillo, y ella accedió a dar los primeros pasos; quedando sorprendida, tras ver que la decoración en está, se asemejaba al estilo minimalista de la sala. Una pequeña cama era arrinconada en una de las esquinas. Un gigante y viejo armario le acompañaba no muy distante a rozar el espaldar de una mecedora cubierta con una manta, y los doseles de la ventana se mantenían tan limpios como si nunca habían sido usados.

Sin embargó, la atracción de sus pupilas lo tuvieron esos cuatro marcos de fotos vacíos; que todavía colgaban de las paredes, y que ella no pudo evitar acercarse a contemplar. Más secretos de los que alguien quisiera entender... se apropiaban de su voluntad.